

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 3 DE JULIO DE 1921

NÚM. 19.474

LOS TIPOS ESPAÑOLES QUE SE ACABAN



CAMPESINOS DE ÁVILA EN TORNO DE UNA FUENTE.—CUADRO DE VALERIANO BÉCQUER



# EL HIJO DEL SUR

ERA un hijo del Sur, ardiente y generoso; había nacido en su lecho de flores y de luz, y tenía en su corazón toda la llama de aquel sol que caldeara su infancia, modelándola como en un vivo fuego. La suerte habíalo llevado luego a un país del Norte, a un país de nieblas y de nieve, donde el sol era raro, lo mismo en el horizonte que en las almas mezquinas. La suerte habíalo llevado a aquel país árido y frío, donde sólo una vez al año, en el tiempo de los grandes calores, se veían golondrinas, y donde el corazón más lleno de dulzura no hubiera podido compararse con una simple naranja del Sur, de las más desabridas, de aquellas que los niños, en la tierra feliz, arrojaban desdeñosos después de estrujarlas, como indignas de que su pobre zumo fuera sorbido por sus labios. Y en aquel país del Norte, el venturoso y desgraciado hijo del Sur era como una golondrina extraviada que, atraída demasiado lejos por un efímero rayo de sol, no tuviese ya fuerzas, de puro atardecida, para tornar a su tibio nido en los jardines del Mediodía.

Pero, aunque rodeado de nieves en la tierra y en las almas, aquel hijo de los climas ardientes y felices conservaba en sus ojos y en su corazón la llama de los solos nativos, y engañado por un remoto recuerdo tan vivo como una presencia, parecía no advertir la aridez ni frialdad de aquel yermo, entre cuyos témpanos se hallaba presa su vida.

Una ardiente ilusión lo enajenaba y le impedía reparar en las cosas exteriores. Él creía vivir siempre en su país natal, entre las flores y la luz de su infancia, en el ardor de su estío antiguo; y como si habitase en una tierra generosa, cuya abundancia no se agota nunca, así disipaba su juventud y su vida. Él tenía perdurable en el alma la visión deslumbradora de su clima ardiente y no sentía la frialdad de los témpanos que le rodeaban. En su alma era siempre estío, y él procedía en todo con arreglo a esa temperatura efusiva que obliga a madurar a los más rebacios frutos. Nada de la prudencia y la avaricia de los meses fríos conseguía comunicarle aquel eterno invierno en que vivía. Su alma era enemiga de los témpanos; no podía comprender su existencia, ni menos que resistiesen a un soplo apasionado. El estío, tan tardío y breve en aquella tierra del Norte, él lo creaba constantemente a su alrededor con la temperatura de su palabra apasionada, con la sugestión de aquel gesto osado y festivo con que rechazaba todo abrigo importuno.

¿No crea el estío la desnudez de las estatuas? Pues así lo creaba él igualmente a su alrededor, brindando a las nieves del Norte su frente y sus brazos desnudos, y lanzando su canto nativo de apasionados tonos a los ecos congelados. Y bajo el influjo de su voz los témpanos se fundían prematuros y los frutos maduraban, derritiéndose en dulzuras excepcionales. Y el hijo del Sur sonreía feliz ante aquel milagro de su fuego interior, sin reparar en que sus manos, que esparcían llamas, convertíanse ellas mismas en témpanos. ¿Qué importaban esos signos del invierno, si en su corazón, predilecto de los soles, seguía ardiendo el perenne estío del Sur?

Los hijos del Norte que le rodeaban maravillábanse de su locura y le exhortaban a ser prudente, recordándole con un bravío orgullo, con esa amarga vanagloria de las criaturas que se han criado en necesidad, lo árido y crudo de sus yermos natales. Y le decían, compadecidos de su locura:

—No seas tan aturdido, ¡oh, hijo del

Sur!, no creas que estás en tu tierra ardiente, en cuyo regazo puede dormir confiado un niño desnudo. ¿No ves los témpanos que nos rodean; no ves esas montañas nevadas, indicio de la frialdad que acecha nuestras vidas; no sientes en tus labios la dureza de ese cristal de hielo que fluye con el agua de nuestras fuentes? No seas loco y haz como nosotros, ¡oh, hijo del Sur!, que vives ahora en una tierra inclemente.

Pero el hijo del Sur no hacía caso de tales exhortaciones, sino que se reía de ellas, como si sintiera que tenía en su corazón al mismo sol del Sur, perenne venero de ardores. Y vivía en los yermos del Norte tan confiadamente como había vivido en los nativos vergeles. Y caminaba sobre la nieve tan festivamente como si hollase margaritas, y conservaba sobre su cuerpo las leves telas de su infancia meridional, sin advertir que el frío del Norte le traspasaba los huesos y que el cierzo helado le curtía las mejillas, dorándoselas con el engañoso fuego de las intemperies.

Sus ojos, deslumbrados por la flama natal, veían el sol del Sur en los horizontes de bruma, y el hálito del cierzo parecía un céfiro fragante, pues despertaba en su olfato vestigios de antiguos aromas largo tiempo aspirados. La nieve parecía simplemente el florecer de los almendros, anuncio infalible y múltiple de la primavera. Y en todo tiempo el hijo del Sur, caminando sin miedo por sobre la escarcha y la nieve, cantaba un buen tiempo que sólo existía en su corazón.

Y cantando cantando un estío imaginario, el hijo del Sur era él mismo un estío perdurable, más duradero que el de las cigarras. Y aquellas criaturas, al oír cantar al hijo del Sur por los caminos cubiertos de nieve, se regocijaban en el calor artificial de sus hogares y gozaban sin riesgo de aquella primavera musical que suplía el silencio de sus ríos helados. Y las mujeres se asomaban a las ventanas de sus casas, muy arrebujaadas en sus tocas, para ver pasar al hijo del Sur y calentar las mejillas en su regazo y aspirar entre sus labios el hálito de fuego que salía de su corazón encendido. Y sentían que, bajo el ardor de su beso, fundíanse témpanos en su sangre y derretíanse en miel sus cabellos rubios, como bajo la caricia de un sol ignorado. De este modo, el hijo del Sur creaba en el país del eterno invierno un estío imaginario, pero perdurable, esparciendo las arenas que el sol nativo había puesto en su corazón.

Pero, aunque enajenado por antiguas visiones de luz, no lo sintiera, no por eso dejaba el frío del Norte de acuchillar su piel. Poco a poco entrábasele aquel frío por todo el cuerpo, congelándole insensiblemente la sangre. Tenía ulcerados los pies de caminar sobre la nieve. Sus manos, curtiditas por el cierzo, parecían manojos de líquenes. Sus mejillas, enrojecidas por el frío, reverberaban como la lumbre del ocaso. Los que le veían, gritábanle, compadecidos y deseosos también de conservar entre ellos a aquella golondrina única:

—¿Pero estás loco, ¡oh, hijo del Sur!, para caminar entre la nieve con ropas más ligeras que la pluma de un pájaro? Siéntate, hombre, junto a nuestros fuegos, abrigada con nuestras zaleas, teme a ese frío que te va consumiendo, como a nosotros nos consumiría el sol de tu país. ¡No seas temerario, oh, hijo del Sur!

Pero él sonreía de sus advertencias. No sentía el frío del Norte; era verdad que no lo sentía. Aunque los estigmas del frío

se grabasen en su cuerpo, innegables, él no sentía frío alguno; el beso mortal de la nieve no llegaba hasta su corazón encendido: fuego maravilloso, superior al de todas las hogueras. Cuando seplaba sobre sus manos, su hálito de fuego derretía los témpanos más duros. Y así, enajenado por una visión antigua de sol y Mediodía, seguía hollando la nieve, y sus labios ingenuos sonreían y cantaban canciones del buen tiempo inalterable del Sur. Y el milagro estival de sus canciones creaba un estío maravilloso en la imaginación de aquellos hombres que no habían conocido un verano verdadero. Y sus besos ardientes fundían la sangre entorpecida de aquellas mujeres criadas entre témpanos.

Pero el hijo del Sur iba perdiendo de día en día grados de su temperatura prodigiosa. El que fundía témpanos iba convirtiéndose en un témpano. Heláronsele primero las manos, que se le desprendieron, rojas de frío. Y él pensó alegremente—las primeras naranjas de oro han saltado sobre la nieve—. ¡Primavera! Luego, se le helaron los pies y no pudo seguir caminando; pero sentado en la nieve, el hijo del Sur cantó—aleluya—:

¡La primavera pone pesados mis pies, y su fuego adormecedor es el que no me deja caminar! Dentro de poco las montañas tendrán el pelo rubio como en mi país...—Luego, el frío de aquel eterno invierno paralizó sus piernas y sus brazos, y, como un río congelado, quedó tendido en medio de la nieve. Y entonces pensó: No puedo moverme porque la primavera me embriaga. Yo siento mi corazón ardiente como un mes de mayo en el Sur. Mi corazón quema como esa paja que se arroja al fuego.

Pero, al fin, llególe el frío hasta el corazón y se lo traspasó como un puñal. Y entonces el hijo del Sur, alborozado, dijo:—¡Oh, al fin te conozco, divino frío del Norte! ¡Bien venido seas; tú solo eres capaz de apagar el fuego que me abrasa! ¡Bien venido seas sobre las llamas de mi agosto!—Y así, hasta la última hora, negando el invierno, murió el hijo del Sur, y, al morir, su gesto efusivo y generoso fué todavía verano...

... Y los hombres y las mujeres del Norte le recuerdan como a ese sol de agosto que se oculta todo rojo entre brumas, y aún siguen calentando sus sueños en su calor maravilloso...

R. CANSINOS-ASENS

## PAISAJE CASTELLANO

### LA TARDE

SON las tres de la tarde. Julio. Castilla... Desde el pequeño alcor, a favor de la sombra liviana que un desmechado arbusto nos ofrece, contemplamos la lejanía. El sol, en lluvia de chispas, cae sobre la llanura y caldea el aire quieto, encalmado, sofocante. Un silencio infinito da una trágica sensación de soledad y de penosa quietud bajo la llamada calcinante. El cielo azul purísimo, radioso; la llanura, de una tonalidad gris-parda, se extiende en semicírculo y se aleja, se dilata, se amplifica y avanza en la lejanía hasta donde la vista no puede alcanzar. A veces, una nubecilla de polvo acusa el paso de un automóvil por la carretera, o una diligencia o una cabalgadura. La carretera es como una blanca cinta ondulante. Alternando con el canto asfixiado y tenaz de la cigarra, croan las ranas en el fondo de una balsa reseca, de donde se alzan tenues vapores caldeados. Las piedras queman, y algunas refulgen como pedazos de vidrio. ¿Ha volado un cuervo? ¿Se ha oído un grito en la distancia? Ilusión. Todo duerme, todo reposa. Bajo la llamada solar amarillea la hierba tostada, se abrasa el tomillo y la tierra caliza se desmorona y agrietea, como picada con azada de labriego. ¿Árboles, huertos, bosques? Nada. Sólo en la distancia, limitando un raquítico y exhausto arroyo, se alinean hieráticos, ascéticos, unos enjutos chopos cenizos.

Ladra un perro... Otro ha salido de entre unas peñas que le ofrecían albergue, y babea, hidrófobo y cansino. Bajo el matorral se agazapa la pintada abubilla. Y el sol, en lluvia de chispas, cae sobre la llanura implacablemente, en el silencio infinito y trágico de la hora cantada por el poeta: «Son las tres de la tarde. Julio. Castilla.»

### LA NOCHE

La aletargada actividad despierta. La noche atrae y arrastra por el llano un airecillo fresco y vivo, que remueve los rastros amarillos y orea los haces de la mies en las eras y aventala la parva después de la trilla. Y en la era y en la puerta de los cortijos se solazan los viejos, los zagales cantan y refozan, y los

tostados muchachos rebullen, semidesnudos y pendencieros.

Sobre sus goznes polvorientos, las portadas de las grandes ventas rechinan para dar salida a las cargadas reatas de arrieros trajinantes y a los pesados carros de largos varales que, a causa de su peso, hunden las altas ruedas en la grava y dejan hondos surcos en el camino. Las uncidas mulas agitan los collerones, que resuenan con geórgico y cantarino campanileo. Grita el mayoral, y el eco transporta y repite la voz un breve espacio.

No hay luna, pero la irradiación estelar es tan intensa, que derrama por toda la llanura una claridad suficiente. Las cortijadas, chozas y casas de labor se vuelcan y vacían: unos trabajan, solázanse otros y cobran animación los caseríos y los caminos.

¿Habéis oído? Parecía un disparo en la noche. No. Es un cohete, porque están de fiesta en la próxima aldea. ¿No arrastra el viento notas dispersas de una música regional? Es un baile. Tal vez el baile de una boda, acaso los tostados segadores, que van de un cortijo a otro en alegre ronda nocturna...

Y todo este grato rebullicio parece como que se cobija en un silencio solemne que viene de la distancia. En la lejanía, bajo la densa sombra nocturna, alzáse el Misterio. Ladra un perro en la sombra, canta el cuco, pasa raudo el murciélago. Al borde de la carretera el malhechor pega el oído a tierra para recoger los rumores distantes. Detrás de una tapia dos mozos rivales se asesinan a navajazos. Una vieja, enlutada, repasa las cuentas de su rosario, mascullando unos rezos antes de acostarse. En su habitación la luz de un candel despide parpadeos medrosos, y esta luz, a lo lejos, vista por el pequeño ventanillo, infunde al caminante cierto temeroso respeto. Y la tristeza, una religiosa tristeza, honda, soterrada, mística, flota en el abrasado paisaje de la tarde y sobre la desparejada alegría de prima noche.

¿Acaso hemos oído un sollozo, un suspiro, un gemido? El paisaje en la noche aparece como saturado de una desolada pena infinita. Porque Castilla es triste.

Roberto MOLINA



# EL FERVOR DEL PAISAJE

## LAS ÚLTIMAS OBRAS DE VALENTIN ZUBIAURRE



EL ALCALDE DE TURÉGANO

Podríamos llamar a estas últimas obras de Valentín de Zubiaurre el «límite palpable» en la producción total de los dos hermanos. Ramón está en América, cosechando, desde hace diez meses, abundantes laureles para el arte patrio; desde hace casi un año no hemos visto, pues, nada de él, nada que nos confirme nuevamente el rumbo colorista—decididamente sensorial sobre su armazón de robustez sólidamente arquitecturada—de sus obras desde aquellos famosos «Remeros vencedores de Ondárroa». Y mientras Ramón vive allí, en la Argentina lejana, la obra de Valentín se nos aparece sola, desligada, por primera vez, del ambiente fraterno, y, por vez primera, ostentando marcadamente esos rasgos puramente individuales que muy pocos han sabido o querido ver en él.

Para el vulgo—entendiendo por vulgo no pocos profesionales del arte y de la crítica—, decir los Zubiaurre viene a ser algo así como decir las hermanas siamesas. Deliberada y ciegamente se les confunde; se les quiere confundir. Idénticas fuentes de inspiración y, exteriormente, sobre todo al principio, idénticas modalidades en el desarrollo de esta inspiración pueden justificar, es cierto, esta comunidad de arte en que se suele envolver a los dos hermanos. Pero, ¡qué distintas después las rutas perseguidas! La distancia que media entre el autor de «Los remeros», de luminosidad exasperada, y el autor de estas «Bretonas» secas y severas, no puede franquearse señalando pequeñas diferencias. Por un lado, la obra cada vez más abierta, respirando a pleno pulmón y cantando cada día con más brío y más embriaguez el himno de las vidas dilatadas en plena luz, y de las energías serenamente recortadas en el oro y la púrpura del espacio incendiado y glorioso; por

otro, la obra cada vez más recogida, más íntima y profundamente analizada, ahondando cada vez más debajo de las superficies humanas, para establecer más inmutablemente las características invariables. Y un paisaje que, no contento ya con ser fondo, preséntase, siempre de fondo, con vida propia, hasta imponer él el sentido y la emoción del cuadro.

Ramón y Valentín: su ruta, a medio camino, se ha bifurcado, y ahora sigue cada uno el sendero elegido por sus sentidos y por su corazón, y la comunidad de espíritu queda allá, muy adentro, perceptible no más en el fervor unánime—hacia cosas, seres y naturaleza—que dió lugar al origen de su producción y la sigue guiando.

Decir cuál de los dos ha avanzado más en su camino, cuál de los dos lo realizase más completamente, sería imposible. Por lo menos, sería prematuro. Pero es preciso señalar, muy visible, la distinción entre los dos.

Parecía extraño que Valentín pudiese contarnos algo que no fuese de su tierra vasca, de yerba muy verde, pálidos cielos llovidos, manzanitas apretadas y gentes enlutadas por el mar, o de su Segovia de sus amores, con sus hombres duros y surcados como peñascos, erigidos en el deslumbrar de los crepúsculos triunfales. Y, sin embargo, así es. Valentín, durante un tiempo, se ha exotizado; verdad es que para ello ha buscado el otro único país de Europa, de emoción concentrada e íntegra: Bretaña. Y he aquí a sus bretonas indómitas y adustas, con su frente estrecha, sus labios finos y su mirada inquebrantable.

En Bretaña, Valentín sólo ha pintado mujeres, por ser ellas allí las guardianas de la raza, las que transmiten, desde siglos, cuanto su raza encierra de perdurable. Luego, de vuelta de Segovia, sólo ha pintado hombres, ya que aquí, en los hombres es en donde se encarna preferentemente lo pétreo de los hábitos y del paisaje. Pero ha pintado también la tierra y el cielo,



UNA VIEJA BRETONA

mo el desierto, y cual él, abrasan y son abrasados. Y era preciso el meticuloso fervor de este pintor de los rostros disecados, hasta en sus más nimias arrugas, para hacernos sentir con tal grandiosidad la emoción del espacio infinito, como esos iluminadores de misales y libros de evangelios que, en torno a alguna rústica escena de nacimiento de la Virgen, ponían toda una nevada campiña o toda una ciudad con torres almenadas, puentes levadizos y transeantes lejanos.

¿Es más moderno ahora? ¿Más tradicionalista? Los que tienen sus sentidos educados por los moldes académicos suelen encontrar fea esta pintura de los Zubiaurre, tan *paleto* siempre. Los que, por el contrario, creen que en arte es creación únicamente la obra de exterior inaudito, no podrán sentir el valor de una emoción plenamente aceptada y seguida meticulosamente.

Mas, olvidémonos de partidismos de escuelas; pongamos que la más pura misión de la obra de arte es expresar un sentimiento conforme al sus exigencias; es decir, del modo más adecuado para su más alta, más dilatada y más estrecha interpretación. Y entonces, coloquémonos ante una de estas obras de Valentín de Zubiaurre.

Son más sencillas que las anteriores; menos personajes; nada de anécdota. La que más, tiene dos grupos de figuras compuestas sin más objeto que el de su presentación. Lo pintoresco de los trajes casi tampoco existe, simplificado todo lo posi-

ble en una uniformidad casi completa de tonos. Apenas si, en aquellas dos figuritas de mujer, las faldas dan, muy en sordina, una nota de color. Pero el instante es de oro y arrebatada desde las capas oscuras hasta la luz del cielo. Serenidad. Exaltación.

Julio AROZARENA



«ORO CASTELLANO», UNO DE LOS MÁS EXPRESIVOS Y PERSONALES CUADROS DEL AUTOR

esa tierra y ese cielo castellanos, sin igual en ningún esplendor del mundo. Los fondos de estas últimas obras no acaban nunca; son infinitos. La mirada se pierde en ellos y, ante ellos, el pecho se dilata como a orilla del mar.

Son inmensos y sencillos, aun en sus meandros, co-





# LA BRUJA DEL VIENTO



La princesita Sonrisa estaba aquel día más sonriente que nunca; hacía un tiempo espléndido; estrenaba un estu-  
pendo traje de amazona, y su padre, el rey, le había dado permiso para dar un paseo en su lindo caballito «Trompeta».

Bella, graciosa y valiente, Sonrisa galopaba por montes y llanuras, llevando en la mano las flexibles riendas de piel de Rusia y el puño de oro de su fusta diminuta. De pronto, al pasar por una carretera, se cruzó con una vieja horrible, que montaba un borriquillo pelado y encienque, cargado de leña y de sacos de harina.

Sonrisa no pudo menos de decir, con un mohín despectivo:

—Me parece, buena mujer, que llegaré antes que usted al molino.

—¿Y si te equivocas?—preguntó la vieja, mirándola fijamente.

Sonrisa soltó una carcajada cristalina: —¿Quiere usted que hagamos la prueba? Y la que gane puede pedirle a la otra lo que quiera.

—¡Andando!—gritó la vieja, y su voz silbaba entre las muelas de sus dientes.

El caballito tornó a galopar con gracia inimitable; parecía volar sin dificultad. El borriquillo trotaba penosamente, y el palo de la vieja azotaba sin cesar su lomo pelado y esquelético.

Pero de pronto, a unos pasos del molino, cuando ya Sonrisa se preguntaba lo que podría pedirle, como premio, a aquella infeliz, he aquí que el borriquillo, adelantándose al fogoso «Trompeta», pasó junto a él como una exhalación, y llegó al molino antes de que la niña hubiese tenido tiempo de darse cuenta siquiera de tal prodigio.

La vieja se apeó, cogió con sus dedos gan-  
chudos las lindas riendas del caballo de Sonrisa y, mientras que a los ojos de la princesita asomaban lágrimas de despecho, de vergüenza... y de miedo también—todo aquello le olía a brujería—, dijo con una risita burlesca:

—He ganado. ¿Qué me das como premio de mi victoria?

—¿Quiere usted un hermoso alazán de las caballerizas reales?

—¿Para qué? Mi borriquillo vale más que todos los caballos del mundo.

—¿Quiere usted un saco lleno de dinero?

—¿Para qué? Mis sacos de harina valen más que los tuyos de plata.

—¿Quiere usted un lindo traje bordado de oro y cubierto de perlas?

—¿Para qué? Mi buen traje de lana abriga más que los tuyos de raso.

—No sé qué ofrecerle.

—Pero yo sé lo que quiero: te quiero a ti, orgullosa princesita; serás mi criada. Sígueme a este molino que me pertenece y cuyas alas muevo con mi soplo poderoso, porque soy el Hada de los

Aires y la Bruja del Viento.

Sonrisa entró cabizbaja, y la vieja le dio un gran delantal de percal azul, con el que cubrió su lindo traje de amazona.

—Vas a hacerme la comida—ordenó—. Ve al estanque; allí encontrarás una rana hermosa y regordeta; tráemela en seguida.

Sonrisa fué al estanque; en efecto, allí había una hermosa rana, que la miraba con sus ojillos angustiados y que se dejó coger.

—Pobrecilla—murmuró Sonrisa, compasiva—, anda, vete, que la vieja te quiere comer.

Y la echó al agua y volvió al molino.

—La rana ha saltado al fondo del estanque y no la he podido coger—dijo a la vieja.

—Toma esta red; ve a pescarla y tráemela.

Sonrisa salió; con sus dedillos ágiles deshizo un nudo de la red y volvió.

—No he podido coger la rana; se ha escapado por este agujero.

Entonces la vieja corrió al estanque, sopló y le secó al punto. En el fondo, la rana estaba inmóvil.

—Toma este cuchillo—dijo la vieja a Sonrisa—, córtale la cabeza, destripala y no dejes mas que las dos ancas finas y blancas. Entretanto, voy a buscar leña para hacer lumbre y asarla.

—¿Cómo podré salvarte?—murmuró Sonrisa mirando a la rana y llorando.

Y se inclinó y la dio un beso en la cabecita verde. Al punto, la rana dio un salto, se le escapó de la mano, y la prin-



liso por mi habilidad de jinete, recorría el país desafiando a todo el mundo. Un día encontré a esta mala bruja y la desafié a una carrera de obstáculos, y en el momento en que franqueaba esta barrera, caí en el estanque y quedé transformado en rana. Tú me has salvado del hechizo.

En medio de su alegría por haber hallado un compañero de infortunio, Sonrisa, ya razonable, no se olvidaba de la situación.

Y, sin embargo—dijo—, seguimos en poder de la vieja.

—¡Ay, sí! Y no podemos pensar en huir; ya sabemos que corre más que nosotros y más

que nadie, puesto que es la Bruja del Viento.

—Más que nadie, no—exclamó vivamente la princesa—. Que si mucho corre el viento, la luz corre más todavía.

—Es verdad. ¡Qué buena idea! Puede que encontremos alguien que la venza. Mira, princesita, durante mi estancia en este estanque he trabado amistad con un Fuego Fatuo muy mono y muy amable. Con toda seguridad, no nos negará su ayuda.

Y el príncipe llamó:

—¡Fuego Fatuo! ¡Fuego Fatuo!

—¿Quién me llama?—dijo una vocecita alegre— Y en el acto vieron acudir, saltando sobre su única pierna, a un duendecillo colorado y pelirrojo, vestido de raso color de fuego.

—Soy yo, y te voy a pedir un favor. Desafía a la Bruja del Viento a una carrera, y después de vencerla—lo que ha-

pre me molesta y me empuja de un lado para otro.

Sonrisa y Jockey se escondieron cuidadosamente tras un matorral de rosas silvestres y esperaron los acontecimientos. Entretanto, el duendecillo salió a la carretera, dando saltos con su pierna única.

Y cuando la vieja volvió con la carga de leña, Fuego Fatuo se le acercó irónico e impertinente:

—Apuesto—dijo— a que yo con una sola pierna corro más que usted y su burro.

—¡Apostado está!—exclamó la vieja encantada.

Y añadió, viendo ya un nuevo esclavo en perspectiva:

—El que gane le pide al otro lo que quiera.

—¡Hace!—dijo la vocecilla de Fuego Fatuo—. A ver quién da primero diez vueltas al molino.

—Pues andando. Una, dos...

...y tres.

Ya el burro galopaba; pero no había concluido la primera vuelta cuando Fuego Fatuo había dado las diez.

—Estoy vencida—gritó la vieja, apeándose furiosa—. Puedes pedir lo que quieras.

—Pues pido la libertad del príncipe Jockey y de la princesa Sonrisa—dijo el triunfador designando a sus dos amigos, que salían del escondite, desde donde habían seguido toda la escena con alegría y entusiasmo.

La vieja estuvo a punto de volverse atrás y guardar a sus víctimas por la fuerza o transformarlos

en bichos raros; pero entre las escasas bondades de las brujas está la de cumplir su palabra; y después de una breve vacilación, no tuvo más remedio que inclinarse y desahogar su rabia y su humillación con injurias y gruñidos.

Sonrisa y Jockey hicieron a la Bruja del Viento unas cuantas reverencias, riendo a más no poder de sus ojos furibundos y de su nariz colorada por la rabia; luego se alejaron cogidos de la mano, y como ya era tarde, su salvador, el duendecillo, les acompañó saltando sobre su piernecilla para alumbrarles y para que no se perdiesen en el camino.

¡Buena la armó la señora dueña de la princesita al ver llegar aquella comitiva! Pero como era muy curiosa, hizo callar su indignación para escuchar el relato de la maravillosa aventura.

Sonrisa y Jockey se casaron; nombraron al buen Fuego Fatuo primer electricista del reino; y vivieron felices y dieron muchos paseos a caballo, pero a un trote razonable, sin desafiar a nadie.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



cesita vió ante ella a un hermoso joven que llevaba una gasaca de raso verde, botas de montar y una gorra verde y amarilla.

—Soy—dijo—el príncipe Jockey; orgu-

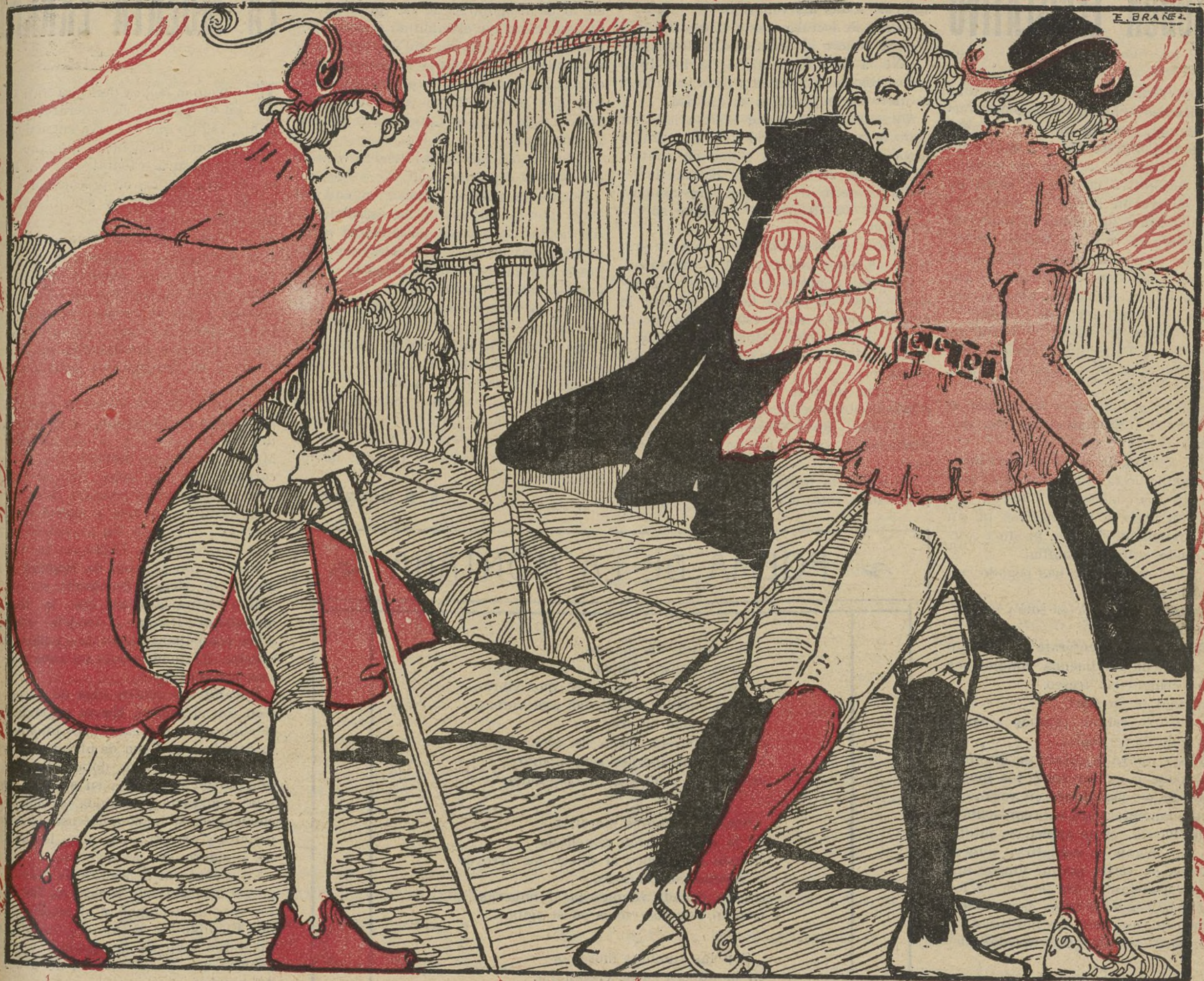
rás, seguramente—, pídele como premio de tu victoria nuestra libertad.

—Con mucho gusto—aceptó Fuego Fatuo, inclinándose cortésmente ante la princesa—. La aborrezco, porque siem-

mer electricista del reino; y vivieron felices y dieron muchos paseos a caballo, pero a un trote razonable, sin desafiar a nadie.



# LA BALADA DEL NASTIO



Una vieja leyenda cuenta, en prosa galana, este lance fantástico:

—Una hermosa mañana —dice el caduco infolio que hallé entre un polvoriento legajo de papeles que había en mi aposento— salieron de una vieja ciudad, donde habitaban, tres hermosos donceles, de aventura; buscaban una piedra preciosa, de virtud tan divina, que todo lo podía su fuerza peregrina, pues curaba a los tristes y aplacaba el dolor —bálsamo para el odio, néctar para el amor—, era miel en la llaga y era venda en la herida; y en busca de la rara piedra desconocida, peregrinos de un sueño, con el alma encantada, salieron los donceles de la vieja balada. Y cruzaron la tierra en triste caminar, y surcaron las claras lejanías del mar, unas veces cubiertos del camino en la bruma y otras veces Pegasos de una ola en la espuma; como líricos nómadas, eternamente errantes, vagabundos divinos de quimeras distantes, pasaron, como sombras de reyes sin fortuna, envueltos en el manto de los claros de luna...

Y cuenta la balada, en prosa bien tejida, que una noche, al remate de la hora florida del ocaso, rendido de luchas y desvelos, un peregrino triste, al ver que sus anhelos por seguir la conquista de la Felicidad eran vanos y estériles, rindió a la Adversidad el airón florecido de su altiva cimera, y, tronchando en su alma la última quimera, dijo: ¡Pues la victoria tarda tanto en llegar, renuncio a sus laureles; mejor es descansar!...



Caminaré sin prisas. Esta veloz carrera que llevamos, enferma la alegre primavera de nuestra vida... Acaso la piedra milagrosa la hallemos..., ¡pero al borde de nuestra misma fosa!, y entonces para nada su virtud nos valdrá, y advertiremos—tarde—que la vida se va sin gozar de la Vida, grotesca e irrisoria... ¡Y será un laurel fúnebre el laurel de la gloria!

Y el peregrino triste aminoró su paso, mientras los otros, raudos, rasgaban el ocaso y la aurora de oro, con su plateada lanza, en una fiebre lírica de ilusión y esperanza... La leyenda no cuenta si los otros lograron el sueño que buscaban, o en la senda quedaron con las alas tendidas, sin gloria y sin fortuna, pudriéndose en las noches a los claros de luna. La balada se hizo para hablar solamente del triste peregrino que se quedó indolente detrás de sus hermanos; del pobre peregrino que iba pausadamente cruzando su camino, ¡pero el último siempre, como sombra cansada, por las sendas extrañas que trazó la balada, sin anhelos románticos y sin prisa importuna, envuelto bajo el manto de los claros de luna!...

Entre la caravana de la vida inquietante yo cruzo lentamente, con paso vacilante, por una senda extraña, que no acaba jamás... Y es que, enfermo de hastío, con el alma cansada, ¡yo soy el caminante de la vieja balada! ¡Yo soy el peregrino que se quedaba atrás!

Ernesto LOPEZ PARRA

ustración de E. BRAÑEZ.



LA VIDA PINTORESCA

## EL SUDOR LEGISLATIVO

SE representante del país en los días invernales es haber pescado una verdadera ganga, por las infinitas comodidades que el Congreso ofrece a sus moradores; lo terrible del caso es ser completamente legislativo cuando el salón de sesiones parece un horno ya preparado para confeccionar un timbal de macarrones y cuando se ve a los ujieres derretirse dentro de sus dalmáticas de opereta a todo lujo. Entonces es cuando los papás de la Patria reconocen toda la importancia del cargo que han jurado.

Los Gobiernos lo saben, y todos los años, esté en el Poder quien esté, formulan la misma amenaza: —Aquí nos vamos a pasar el verano.

Oír aquello y romper a sudar por el cogote todos los diputados, es cosa instantánea.

Cuando, terminada la sesión, se reintegran al domicilio familiar, llevan el pelo despeinado, los cuellos que parecen torcidas, y un aspecto de desorden tal en toda su indumentaria, que produce verdadero susto entre la familia.

—¡Ay, Dios mío! Tú te has pegado con Allendesalazar.

El diputado se deja caer sobre una silla, y exclama:

—Mañana mismo entérate de cuánto cuesta un nicho en buenas condiciones en algún cementerio fresco.

—¿Tan mal te sientes?

—No; pero lo estaré. ¡Vamos a tener sesiones todo el verano!

Dicho esto, apoya la cabeza en un mueble y se pone a pensar sobre los inconvenientes de ser legislador en verano.

Afortunadamente, para los representantes de la Patria, estas amenazas ministeriales no llegan a cumplirse nunca, como acaba de verse, porque mucho antes de que semejante cosa ocurra ya los diputados han puesto unas caras tales, que tienen que reunirse los ministros en Consejo para estudiar la gravedad del caso.

—Yo, señores—dice uno de los consejeros responsables—, no quiero alarmar a ustedes; pero la actitud de Caudiano me preocupa. Ayer mismo, cuando se discutía la enmienda al artículo 27, miró de tal manera al banco azul, que no parecía sino que quería decirnos: —Vosotros podréis tenerme aquí; pero a la primera votación nominal, yo y todos los míos votamos con don Melquiades.

—¡Cielos!

Y los ministros se ponen a deliberar acerca de la actitud de Caudiano, como si se tratase de una grave cuestión internacional.

No, no es posible sujetar a los diputados, ni someterlos a tan caluroso tormento. El diputado, por el mero hecho de serlo, no sólo debe gozar de la inmunidad parlamentaria, sino de la inmunidad ante los rigores de la estación veraniega. Sin contar con que la seriedad del Parlamento pierde en un sesenta y tres por ciento cuando la asamblea está sudorosa, los rostros desenchajados, los chalecos desabotonados, y se ven circular continuamente ujieres llevando vasos de horchata. En estas condiciones, hay que ver, o, por mejor decir, que no ver a un diputado haciendo un discurso de oposición.

—Porque ¡ah, señores!—saca un pañuelo y se lo pasa por el rostro—el Gobierno pretende que semejante proyecto pase como de *ocultis*, y eso no puede ser. Hay que darle aire—extrae un abanico del

bolsillo y comienza a abanicarse—; sí, señores, mucho aire.

El presidente:

—Advierto a su señoría que ya están abiertas todas las ventanas.

—Pido la lectura del artículo 385.

—¿Se refiere al orden de la discusión?

—No; a la indumentaria de los diputados. Recabo mi derecho para continuar el discurso en mangas de camisa.

Antes de que un señor secretario haya dado lectura al artículo y la Cámara se haya pronunciado en pro o en contra, el diputado se despoja de la americana y del chaleco, se remanga las mangas, se suelta los tirantes y prosigue su peroración.

—Decía, señores diputados, que ese proyecto es inadmisibile, y voy a probarlo...

Un ujier deposita junto al orador tamaño vaso de limón helado, y éste le agarra como si en él estuviese la fuerza de sus argumentos, repitiendo: —Voy a probarlo—, y, ¡zás!, se echa un tremendo trago.

El más inquieto de los ministros no puede contenerse, y exclama:

—¡Caray! Su señoría dice que va a probarlo, y se ha bebido casi todo el vaso...

Así sigue la discusión del importante proyecto; y esto, a decir verdad, no pone

muy en alto los prestigios del Parlamento, porque si la discusión se enzarza y toman parte en ella varios oradores, que imitan el ejemplo del diputado anterior en lo de despojarse de las prendas calurosas, concluye el salón de sesiones por semejar la cancha de un frontón, en la que todos los jugadores de pelota están en mangas de camisa y calzoncillos blancos, que el presidente juzga como un desprestigio para el Congreso, y concluye por decir:

—Se levanta la sesión. Pueden vestirse los señores diputados.

No, no es posible legislar cayendo el sudor por los rostros de los legisladores. Así no hay proyectos posibles, ni seriedad, ni presupuesto de gastos del Congreso ante la cantidad de líquidos refrescantes que se consumen.

Por eso, la amenaza de todos los Gobiernos son amenazas inútiles. El cerrojazo viene, y el diputado se marcha al pueblo, a la sierra o a la playa, y allí, fresco y satisfecho, exclama:

—¡Y querían tenernos todo el verano en aquel horno! Claro que yo me sacrifico por el país; pero no paso calor ni aunque me lo ordene el Consejo de las Naciones.

A. R. BONNAT

AMORES EJEMPLARES

## LA MUERTA ERRANTE

LORECIÓ la bella y delicada Sitti Maani en el Asia, en la venerable Mesopotamia, región que se curva entre dos ríos, flotante cuna del género humano.

La hermosura oriental—flor del Paraíso—de esta mujer, su precocidad y viveza de entendimiento y sus dulces prendas interesaron al famoso viajero Pedro de la Valle, caballero romano de educación distinguida y cultivador de las Letras y de la Poesía, hombre arrojado que luchó contra los berberiscos en un buque español y que se dedicó después, en traje de romero, a largos y provechosos viajes por Oriente, consignados en diversos libros y en descriptivas epístolas familiares.

Volviendo de una laboriosa excursión a las ruinas de Babilonia, se enamoró Pedro de la beldad y de los talentos de Maani; pidióla en matrimonio, y Maani correspondió a su amor, dejó el rito caldeo, adoptando el romano, hizo que lo adoptaran sus padres y siguió fiel a su marido y señor en las expediciones que hicieron célebre a Pedro de la Valle.

Pedro, que paseaba de Bagdad a Damasco, de Alejo a Jerusalén, sus melancolías solitarias—las que le hicieron abandonar Roma—, tendría con una dulce compañera viajes más bellos y consolados. El hombre solo no hace sino pasear melancolías.

Durante los cuatro años de peregrinación con el esposo, Maani aprendió, con inteligencia admirable, doce idiomas; fué la casada leal, llena de blanduras, bella, prudente y generosa, dotada también de una virtud extraña a su sexo, la fortaleza: temeraria y armada en dos o tres encuentros, se lanzó a defensa de su compañero, y arrostró, enérgica, los accidentes y rigores de las marchas.

La sedentaria doncellita de Madrid supo ser la esforzada esposa en los azarosos días de acompañar al amado y dueño. Ejemplo de la mujer discreta, que sabe que vivir es peregrinar; y casada modelo, que es merecedora de ir al lado del hombre.

Feijóo la comparó con Raquel.

Nueva Raquel era Sitti Maani, porque de Mesopotamia fueron ambas; las dos extremadamente lindas y bondadosas; casadas con hombres muy dignos de sus gracias y entrambos forasteros; ellas dos abandonaron el rito patrio y abrazaron vidas peregrinando, siguiendo a los que amaban, y ambas peregrinaron en la flor de la edad y sobre el camino.

En uno de los viajes, saliendo de España, las fatigas de la dura marcha y la insalubridad del clima y del suelo pantanoso produjeron una fiebre maligna a Maani, quien falleció en la primavera de sus veintitrés años.

El implacable sino, que malogra todas las jornadas humanas, surgió, como siempre, en medio de la senda y destruyó una dicha.

Ya debía caminar solo Pedro de la Valle, peregrino enlutado: sombra de sí mismo; debía caminar sin el estimulante influjo de la esposa; en la inconsolable vida, muerte de dos vidas...

Y, ¿adónde ir, si ya no podía ir hacia ella, si el enamorado no podía separarse de Maani sin que de sí propio se separase?

Jacob dió mandato de que enterraran a Raquel a orillas del camino, y bien se cuidó después el patriarca de pedir que a él le pusiesen en el sepulcro de sus mayores, en Hebrón. Pedro de la Valle no sepultó a Maani donde se había tan bruta-

## POEMA DE LA MONTAÑA

Se limitan los montes  
en una sombra cónica y quebrada;  
pasan los aires húmedos, que vibran  
con un temblor de briznas y de ramas,  
y las nieblas de oro,  
cortando el sol, hasta los pinos bajan...  
Y tiene un vigoroso sentimiento  
de piedras y de nieve la montaña.

Son las cumbres morenas  
en la serena tarde castellana,  
cuando se quiebra el sol en los arroyos  
y, erectas como lanzas,  
con su dorada sombra las junqueras  
forman ángulos rectos en el agua...

Son las cumbres morenas  
en la nubosa tarde castellana,  
cuando la lluvia, entre la niebla, pone  
un reflejo de cobre en la montaña;  
cuando los rojos bueyes,  
de ancha testuz y de bronceas astas  
como manchas de siena desvaído  
bajo la lluvia en los canchales pastan;  
cuando los viejos álamos se encorvan,  
y todo es piedra y polvo, niebla y agua,  
mientras los campos muertos se reflejan  
en los cansados ojos de las vacas...

Sobre la línea comba de los valles  
viejas ciudades marcan  
en las huellas heroicas de los siglos  
sus góticas tristezas empolvadas,  
mientras cortan las nubes  
las prodigiosas torres legendarias,  
en cuyas rotas cúpulas vacilan  
y fulgen las agujas como espadas...  
Viajero extraviado  
que bajo el sol por el camino pasas;  
detén tu paso ante la Cruz, y deja  
llenas de polvo de oro las sandalias...

Caída la ciudad, sobre la tierra  
hay un crujir de espuelas y de alas.  
Castilla... Soledad... Niebla y silencio;  
la Cruz entre ruinas olvidada...  
Calla el viento y el monte,  
y hasta el silencio en el silencio calla...

Pedro IGLESIAS CABALLERO



camente interrumpido la marcha; él no podía dejarla en la desamparada ruta y reanudar sus pasos sin ella, que era como la brújula de sus itinerarios; y el triste viajero tomó una decisión que solamente podía abrazar un amor como el suyo, más duradero que el transitorio tiempo, más fuerte que la muerte.

Pedro de la Valle, sintiendo el corazón desgarrado, lloró, con profundo llanto de hombre; pero imponiéndose luego en su entereza, con cariñosas manos aromáticas el cadáver, depositó en primorosa urna y lo llevó consigo, cuatro años enteros, en sus exploraciones por el Asia; puesta siempre su vista en las cenizas y su memoria en las laudables virtudes de la muerta.

Delicada, insuperable ternura. Ya la esposa no se separaría del esposo con la propia muerte. Ni se resignaba el corazón viril de Pedro a la viudez, ni durante su peregrinación por este mundo un hombre amoroso consentía en desprenderse de la que todavía y siempre debía acompañar, viva o muerta; y mientras él viviera...

Continuó, pues, sus exploraciones, después de aquel terrible alto a la muerte, y por los inhóspitos montes, por las foscas selvas, por las arenas solitarias, erraba aquel varón, seguido todavía de su inseparable, desafiando riesgos y retando a la Pálida con negarse obstinadamente a inhumar los restos de Maani...

Heroísmo de un verdadero amante a quien la muerte y la desesperación desafiaban dos veces; sublimidad de un cumplido amante, que supo hacer la eternidad continuación del tiempo...

La alegre caravana se trocaba en funeral cortejo; el avance, en derrota; la expedición, en huida. La ruta del hombre no era más que las errantes exequias de sus amores.

No; Pedro no podía dejar a la amada al medio de la senda, y seguir; que para toda senda terminaba en Maani.

Sólo a su regreso, y al establecerse definitivamente en Roma, depositó los precarios despojos en la tumba de sus as-

cendientes los señores de la Valle, en la capilla de San Pablo, de la iglesia de Santa María de Ara-Coeli. Magníficos funerales fueron celebrados, con asistencia numerosa de fieles, y el mismo de la Valle quiso decir la oración fúnebre (*oratio in funere Maanis*), panegírico emocionado en honor de una esposa a la que debía todas las adoraciones póstumas.

Habló ante el pueblo, mirando por última vez aquella urna el enamorado caballero, y, en verdad, dijeron más sus ojos que sus labios, hasta que cesaron sus labios del todo, porque lo dijese todo sus ojos.

Dejó Pedro la oración imperfecta, por la irresistible congoja que le abrumaba, y el pueblo, con fervorosas lágrimas, acompañó el pesar inmenso de aquel desventurado amor, que se resistió tanto a separarse de la que era mitad de él mismo, sin la que no podía sobrevivir.

Jamás pueblo ninguno presencié espectáculo semejante de pena y de fidelidad conyugal.

Y así quedó, con heroica firmeza, consagrado y perpetuado el santo amor que alcanzó una bella y virtuosa mujer, que después de muerta pudo seguir a su marido; así, indeleblemente sellada la fe, asombrosa y única, del hombre apasionado que no quería sepultar a su esposa.

José BRUNO

## LECTURAS

Alvaro Alcalá Galiano, el hondo y ameno cronista, acaba de reunir en un bello volumen, titulado *Una voz... en el desierto*, sus interesantes trabajos de la más varia índole dispersos hasta ahora en las columnas de la Prensa, y que por el primer literario de su forma y por el interés de muchos de sus temas, nada superficiales, sino que tienen lo que podría llamarse *permanente actualidad*,

merecen vida menos perecedera que la de la hoja periodística.

Nuestro querido compañero Eduardo Andicoberry ha publicado una novela, titulada *Tartarin en Madrid*, que contrasta notablemente con sus producciones anteriores, porque en este libro, rebosante de ingenio y amenidad, se nos muestra como maestro del humorismo. Sin perjuicio de ocuparnos con más extensión de esta obra, al dar noticia de su aparición, queremos decir, como avance de nuestro juicio, que es, sin disputa, una de las novelas más regocijada de esta época.

La Editorial América ha dado a la estampa una extensa y cuidada colección de *Cuentos judíos contemporáneos*, en que figuran varias obras maestras de este género, debidas a Israel Zangwill, Chalom Asch, Isaac L. Peretz, León Kobrin y otros ilustres escritores israelitas.

La obra lleva un documentado estudio preliminar de Cansinos-Assens.

Gorki no es solamente un escritor, es también un luchador político infatigable. Su juicio sobre la situación actual de Rusia tiene un valor enorme para cuantos estudian la crisis por que pasa aquel pueblo y que tan acusadamente se refleja en la vida mundial. Respondiendo a este concepto de la obra del autor de *Los ex hombres*, acaba de editar la Biblioteca Nueva el sugestivo libro *La revolución y la cultura de la era bolchevista* en que el traductor, N. Tasin, ha conservado fidelísimamente el pensamiento y la expresión de Gorki.

La Casa Nelson, tan conocida por el arte y el decoro de que viste el negocio editorial, ha publicado en un bellísimo volumen, admirablemente ilustrado, la versión castellana, debida a D. Justo Rosell, de la obra de Gabriel Faure *Pere-*

grinaciones por Italia. — En tierras de San-Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena.

La notable Colección Sanz Calleja, tan primorosamente presentada, ha publicado la novela de Henri Bordeaux *Los ojos que se abren*, concienzudamente vertida al castellano por Carlota Remfry de Kidd.

La Biblioteca Ariel ha puesto a la venta *Retablo*, libro de Césare Arroyo, conteniendo obras literarias de diferentes géneros—críticas, cuentos, teatro—todas interesantes y galanas.

Don Justo Estrada nos envía un estimable e ingenuo volumen de poesías que se titula *Amor, canta... Escucha*.

Algunos de los versos del librito, lleno de inquietud juvenil, se pueden escuchar.

Don Emilio Crespo Calzada ha juntado en un tomo varios bellos trabajos literarios en prosa y verso.

El libro, que se titula *Del huerto de la Vida y del Amor*, lleva una artística portada en que el propio autor se muestra también notable dibujante.

Hemos recibido la novela *L'amant libérateur*, original de Jean de Granvilliers, editada por Calmann-Lévy, de París.

Con el sugeridor y emotivo título *Ale-tear de golondrinas*, ha publicado la culta y exquisita escritora Margarita Astra y Reguera una novela breve interesantísima, que constituye el último número de la elegante revista literaria *Ideales*.

*Ideales* tiene en proyecto grandes reformas, que la colocarán en la primera fila de las publicaciones de su género.

# CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 = Ayala, 60

## Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca  
Se desmonta en todas sus partes.  
Todas sus piezas son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central: FABRICA: Distribuidores para España:  
A. B. G. Etablissements MOLLA Serrero y Revah  
Nueva de la Trinidad, 11 5, rue Jean Daudin 99, Paseo de Gracia  
MADRID PARIS BARCELONA

## AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

Ayuntamiento de Madrid





FABRICA DE RELOJES  
DE  
**CARLOS COPPEL**  
MADRID. -:- Fuencarral, 27

Exposición de relojes de pared  
de todas clases, estilos y precios

GRAN SURTIDO EN RELOJES DE COCINA

== Catálogos gratis ==

# Carlos Coppel.

HELIOZ



## CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

## GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.



... de la fachada del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12,50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO:

**D. Manuel del Valle Díaz.**